

CARTA NOVENA.

SUMARIO: Dos verdades incontestables.—Razonamiento perentorio.—Por qué esta vida no es la vida.—Le falta lo que propiamente constituye la vida.—El espíritu no vive aquí, ó no vive sino muy imperfectamente.—Errores é ignorancia á que está sujeto.—El corazón tampoco vive.—Las luchas, equivocaciones y tristezas.—El cuerpo tampoco vive: cuadro de sus miserias.—Esta vida ni tiene goces ni duración.

QUERIDO AMIGO :

El mayor de todos los errores es creer que la vida esta es la vida.

La mayor de todas las desdichas es obrar en conformidad á ese error.

En la bien pensada carta que acabo de recibir, me dices que no cabe discusión sobre estas dos verdades. Tú, además, las confirmas con un razonamiento decisivo. «Cuanto más el hombre se ocupa de este mundo, menos se ocupa del otro. Cuanto menos se ocupa el hombre del otro mundo, más se aparta de su fin. Cuanto más un sér cualquiera se aparta de su fin, más culpable se hace. Y cuanto más culpable se hace, más desdichado es.

»Si, pues, un siglo se ocupa exclusivamente, ó poco menos, de los intereses de este mundo, más pavoroso es el porvenir que se le prepara. Como en la historia de los pueblos cristianos no se encuentra ninguna época que en el desbordamiento de la vida material se asemeje tanto como el siglo XIX á la época inmediatamente anterior al diluvio, era muy oportuno llamar fuertemente la atención sobre tal semejanza: jamás se dió más justificado grito de alarma».

Y ahora yo, querido amigo, añado con tristeza: Tal es la fascinación del mundo actual, que jamás ningún grito de alarma habrá sido menos escuchado. De todos modos, es gran consuelo para mí el saber que tú lo tomas en serio, y el esperar que no te faltarán imitadores. Pero tu curiosidad no queda satisfecha: ¿quieres saber bien por qué esta vida no es la vida? ¡Grave y hermosa cuestión! Te doy gracias por habérmela propuesto. Vamos sin tardanza en busca de la respuesta.

Me preguntas por qué esta vida no es la vida, la vida verdadera, la vida propiamente dicha, la vida tal como lo exigen la idea de Dios, que es quien la da, y la naturaleza del hombre, que la recibe. Á mi vez yo te pregunto por qué razón el niño no es el hom-

bre, y el arroyuelo no es el río, y el crepúsculo de la mañana no es la luz del medio día. Tu respuesta será la mía. La vida de acá no es la vida, porque, ó le falta, ó no tiene sino muy imperfectamente lo que constituye la vida. Me explicaré.

El ojo se ha hecho para ver, el oído para oír. Vive el ojo cuando ve, cuando ve bien, cuando ve lo que quiere ver, cuando lo ve tan bien como quiere, cuando lo ve sin cansancio. Vivo está el oído cuando oye, cuando oye bien, cuando oye lo que quiere oír, cuando lo oye tan perfectamente como desea, cuando lo oye sin fatiga. Lo propio debe decirse de los demás sentidos.

Cuando el ojo no ve sino imperfectamente y con pena, está enfermo; cuando cesa de ver, se ha perdido, está muerto. Cuando el oído no oye sino imperfectamente y con pena, está enfermo; cuando cesa de oír, se ha perdido, está muerto. Y lo mismo pasa con los otros sentidos.

Si el ojo ha sido hecho para ver, y el oído para oír, el espíritu ha sido hecho para conocer, el corazón para amar, el cuerpo para hacer. De aquí nacen la vida y el goce; vida y goce que no son nada, ó casi nada, sin la duración, y ésta tranquila. Pues bien, en la

vida presente nada de esto tiene lugar, ó no lo tiene sino de una manera muy incompleta.

La vida del espíritu consiste en conocer la verdad. ¿La conoce? Entre todas las verdades, las más ciertas y necesarias son seguramente las verdades religiosas. ¿Las conoce el espíritu del hombre? ¿Y hasta qué punto las conoce? Sin duda alguna tiene de ellas certidumbre; pero ¿las comprende? Escuchemos á San Pablo: «Acerca de las verdades divinas conocemos y hablamos como niños. No vemos las cosas más que en parte, en imagen y como en enigma»¹. La luz de la fe, añade San Pedro, es una lámpara que alumbra en lugar oscuro»². En otros términos: para nosotros, pobres habitantes de la tierra, en el orden sobrenatural todo está lleno de misterios.

Tú puedes añadir que en el orden de la naturaleza pasa lo mismo. Todos los sabios convienen en ello. *No conocemos el todo de nada*, ni siquiera de una mosca. En comparación á lo que ignoramos, ¿qué es lo que sabemos? ¿Qué sabemos de la mar y de sus abismos? ¿Qué de la tierra y de sus entrañas?

¹ I Cor., XIII, 9-12.

² II Petr., I, 2.

¿Qué del firmamento y de los globos innumerables que lo embellecen? ¿Qué sabemos de lo pasado, lo presente y lo porvenir? Los hombres más laboriosos y de mayor talento, despues de medio siglo de estudios, se ven precisados á decir: «Todo lo que sé es que no sé nada». Bossuet mismo dejó escrito: «No conozco nada más vil y despreciable entre los hombres que el presumir de sabio»¹.

Y luego estas migajas de ciencia que nos gloriamos de poseer en historia, filosofía, política, astronomía, química, geología, medicina, artes liberales y mecánicas, en agricultura, en todas las cosas, nunca son puras. Como el oro cuando sale de la tierra, siempre están cubiertas de una capa de ignorancia, y aún de errores, de que apenas llegamos jamas á desprender completamente nuestros pobres conocimientos.

Tan verdad es esto, que el mundo entero está entregado á las disputas de los sabios, y estas disputas son eternas. Sobre unos mismos puntos se oye sucesivamente el sí y el no, sostenidos con igual seguridad. Tal sistema, tal descubrimiento, son aclamados

¹ Carta á Basnage.

hoy, que mañana serán abandonados y entregados al desprecio.

No es esto todo. Por imperfectas y débiles que sean estas partículas de verdad, ¡cuántas vigiliass, fatigas y gastos se necesitan para adquirirlas! ¹ No hay edad ni condicion, ni hombre alguno exento de este penoso trabajo. Desde que comienza á despuntar la razon, el hijo del rey, como el hijo del pobre, tiene que hacer violencia á sus juveniles instintos, y pasarse largas horas y sendos meses en aprender á leer y escribir.

Más adelante, cuando hayan salido de la niñez, ellos y ellas se verán arrancados de las dulzuras de la vida de familia y condenados á vivir como acuartelados, por espacio de siete ú ocho años mortales, en los colegios, obradores ó talleres. ¿Para qué es esta dura condicion? Para que aprendan un oficio ó una carrera, es decir, para que adquieran cierta habilidad, cierta aptitud particular; en en otros términos: porque conozcan las verdades necesarias para su existencia social y aún material.

¹ «Et proposui in animo quærere et investigare sapienter de omnibus quæ fiunt sub sole; hanc occupationem pessimam dedit Deus hominibus ut occuparentur in ea.» (Eccli., 1, 13.)

So pena de no abrirse camino, ó como se suele decir, so pena de *arrinconarse* y *vegetar*, esa condicion deberá durar por siempre. Trabajo para aprender, trabajo para aplicar lo que se ha aprendido, trabajo para no olvidar.

El hecho es, pues, incontestable: el espíritu del hombre no conoce la verdad, ó no la conoce sino muy imperfectamente y á costa de los más penosos esfuerzos. Sin embargo, el espíritu se ha hecho para conocer la verdad, como el ojo para ver la luz, plenamente y sin fatigas ¹. Luego no vive, ó á lo ménos no tiene sino muy incompleta vida. Luego para el espíritu esta vida no es la vida.

¿Hablaremos del corazón? Como el espíritu ha sido hecho para conocer la verdad, el corazón ha sido hecho para amar el bien. El bien del hombre es Dios y su ley ²; so pena de ser martir de tormentos inenarrables, tal es el polo hacia el cual debe incesantemente gravitar, tal el fin que debe perseguir, tal el tesoro que debe poseer.

Pues bien, querido amigo, lo mismo que

¹ Así la conocía Adán.

² «Deum time et mandata ejus observa; hoc est enim omnis homo». (Eccli., XIII, 13.)

tú y lo mismo que yo, lo saben todos los hijos de Adán: menos penoso sería el trabajo del hombre que quisiera andar contra la corriente rápida de un gran río, ó levantar con sus débiles manos un peso enorme, que el afán de un corazón que quiere constantemente amar lo que amar debe, y como lo debe amar.

Este pobre corazón, ¿por ventura, desde que tiene conciencia de sí mismo, no es teatro de luchas interiores, que no acabarán sino cuando cese de latir? Luchas crueles que le despedazan, le llenan de amargura, y muchas veces le cubren de vergüenza. ¿No es verdad que todos los siglos y todos los lugares le han oído y le oyen todavía lamentarse, suspirando: ¡Infeliz de mí; no sé lo que hago! El bien que amo no lo practico, y el mal que aborrezco lo cometo? ¹.

Mas quiero suponer que á fuerza de cuidado evitará todas las redes tendidas á sus piés, y que á fuerza de valor no se dejará lastimar ni degradar. Su vida en tal caso será una paz, mas no la paz, porque una multitud de inquietudes vendrá á turbarla. ¿No

¹ «Quod enim operor non intelligo. Non enim quod volo bonum, hoc ago; sed quod odi malum illud facio». (Rom., VII, 13.)

son suyos los peligros de las personas que ama, tuyas las heridas que ellos reciben, tuyos los dolores que sufren? Ver con sus ojos cómo los seres más queridos sufren, mueren, se pierden, se corrompen y van por un camino que les lleva al abismo; ver diariamente ultrajar á sangre fría, blasfemar y aborrecer con odio infernal todo lo que se respeta y se adora; ¿es esto vivir?

Si sale de sí mismo, y quiere que descansa su ánimo en algunas afecciones legítimas, ¡cuántas decepciones no encuentra! ¡Cuántas espinas no vienen á añadirse á sus sufrimientos! Los malos comportamientos, las inconstancias, las ingratitudes, las diferencias de carácter, los celos, traiciones, calumnias, críticas injustas, separaciones, reveses de fortuna, la ruptura final de los lazos más queridos, parece que se dan cita para proporcionarle suplicios incesantemente renovados. Y no cuento el aburrimiento, el inexorable aburrimiento, que nace de todo, hasta del placer.

Así, siempre en luchas, siempre con disgustos, siempre con tristeza: tal es esta vida para el pobre corazón humano, para este corazón formado para amar con amor noble, pleno y tranquilo. No vive, pues, ó no vive sino vida muy incompleta.

Luego para el corazón esta vida no es la vida.

Pasemos á hablar del cuerpo. Para el cuerpo vivir es hacer. Hacer es moverse por sí mismo ¹. Moverse es poner en ejercicio todos sus sentidos y órganos libremente y sin dolor; de otro modo, la vida no es nada, ó es poca cosa. Pues bien, amigo mío, ¡cuántos obstáculos no se oponen á este movimiento normal de nuestro cuerpo!

Pasemos en silencio la debilidad natural de la infancia y de la vejez. En estos dos extremos de la existencia el movimiento, reducido al estado rudimentario, es casi nulo. Hablemos solamente de los obstáculos que durante el periodo medio de la vida encadenan el movimiento ó lo hacen difícil y doloroso. Estos obstáculos son las enfermedades.

Decir que desde la cuna hasta el sepulcro, de piés á cabeza, el cuerpo del hombre es un teatro de dolores, no es decir demasiado. No sería mucho más difícil contarle los cabellos de la cabeza, que las enfermedades á que está sujeto. Cual turba de enemigos implacables, estas enfermedades le siguen por todas

¹ «Dicimus animal vivere, quando incipit ex se motum habere». (S. Tom., 1 p., q. 18, art. 1.)

partes y le hostigan. Hay enfermedades de la infancia, enfermedades de la adolescencia, enfermedades de la juventud, enfermedades de la edad adulta, enfermedades de la vejez.

Las hay para cada órgano y para cada parte de cualquier órgano: enfermedades del cerebro, de los ojos, de los oídos, de los dientes, de la boca, del corazón, del pecho, del estómago, de los nervios, de los huesos, de las entrañas, de los pies, de las manos, y otras muchísimas, cuyos solos nombres llenan volúmenes enteros.

No son ménos varias en sus efectos que en su naturaleza. Las unas son tan fulminantes, que no dejan un momento entre la salud y la muerte. Las otras son agudas, y en pocos días convierten al cuerpo más vigoroso en sombra de lo que era ó en un cadáver. Otras, más lentas, postran á sus víctimas durante meses y años en el lecho del dolor. Ni el Papa ni el rey, ni el rico ni el pobre, pueden sustraerse á sus ataques; de modo que el linaje humano es un gran leproso y el mundo un vasto hospital.

Sin embargo, amigo mío, no hemos apurado la nomenclatura de nuestras miserias corporales. A las enfermedades hay que agregar necesidades humillantes, innumerables,

imperiosas, siempre antiguas y siempre nuevas. Diariamente necesidad de comer y de beber, de descansar y de dormir, de vestirse y desnudarse, de acostarse y de levantarse, de calentarse ó de tomar el fresco, de buscar habitacion y de defenderse. Querer enumerar todas las necesidades del cuerpo sería cosa de nunca acabar. De todo esto resulta que aún el hombre de mejor salud es un torreon cuarteado, que es preciso apuntalar por todos los lados para no verle pronto caer convertido en ruinas.

Para subvenir á sus necesidades es preciso que este pobre cuerpo, muchas veces enfermo, se entregue á rudos trabajos, arrostre la lluvia, el frío, el lodo, la nieve, la intemperie de las estaciones, sufra el calor y el frío, se condene á las ocupaciones más bajas en lugares malsanos ó en las entrañas de la tierra, con peligro de su salud y aun de su vida. Y despues de todo, feliz él si á costa de tantas fatigas puede prometerse tener siempre una cama en que acostarse, un trapo con que cubrirse, y por alimento un bocado de pan impregnado en el sudor de su frente, y muchas veces en las lágrimas de sus ojos.

Tal es para el cuerpo, y más penosa todavía, esta vida presente. No obstante, este

cuerpo ha sido hecho para que tenga la plena posesion de sus órganos, los conserve y los ponga en juego fácilmente y sin dolor. Luego no vive, ó á lo ménos no vive sino vida muy incompleta. Luego para el cuerpo esta vida no es la vida.

Este estado penoso y enfermizo del espíritu, el corazon y el cuerpo excluye radicalmente una condicion esencial de la vida: el goce. Lo veremos en mi próxima carta.

Tu afectísimo...

CARTA DÉCIMA.

SUMARIO: Á la vida presente le falta el gozar.—Conspiración de las criaturas.—Tres cosas que hay en la vida opuestas al goce: una cuna, una cruz, una tumba.—Miserias del hombre en la cuna.—Miserias del hombre adulto.—Lo que es al exterior.—Lo que es interiormente.—Condicion esencial del goce es la duracion.—Brevedad de la vida.—La tumba en perspectiva.—Luego considerada en sí misma esta vida, no es la vida.

QUERIDO AMIGO:

En este mundo todo vegeta; nada vive. Con razón uno de los más altos ingenios, San Agustín, llama á la vida temporal una vida moribunda, ó más bien, una muerte viviente: *Vita mortalis, mors vitalis*. Semejante estado de cosas excluye la idea de la vida propiamente dicha; pues vivir es gozar, gozar es no padecer.

Pues al hacer en mi última carta la anatomía del espíritu, del corazón y del cuerpo humano, ¿qué hemos encontrado? El sufrimiento en todas sus formas, el sufrimiento en todas partes, el sufrimiento siempre; por eso es extrictamente exacta esta definicion: na-